

# De cómo Odiseo fue Ulises y de sus avatares

Aldo F. Oliva

a María Isabel

A veces, alguien lo recuerda.

Alguien dijo: "Atenme  
al mástil. Oyen (ODI),  
hay silencio en las olas (ULI)".

Los compañeros, sin embargo,  
sólo el estruendo sentían,  
bajo el mar, de la muerte.

Alguien mentía.

Pero no era el caso, la vida,  
sino la densa vibración  
del oído (ODI)  
en el límite (ULI).

Ese, amarrado, de lejos,  
pudo ver el Rostro,  
en el aire, sin aves,  
de la playa.

¡Ah, ojos que, solos, saben  
ver  
porque sólo son mirados!

Nadie diga la hora temeraria  
en que el canto surgió.

Ya que la boca  
–alguien lo vería–  
fulgía como un faro  
de púrpura sellada  
en la diadema  
solar del enigma del Rostro.

Alguien, a veces, lo recuerda.

Pero otros  
urden, desde el recuerdo,  
una visión o un gesto  
que les abra el espacio  
para ser vistos  
por un ojo ya desvanecido.

Alguien dijo entonces:  
“Boguemos hacia Véspero,  
boguemos, boguemos hacia Véspero”.

Y cruzaron  
enfrentadas rocas altas,  
de Heracles o de Tarik;  
y el mar era un espejo,  
más allá,  
de durísima tiniebla.

Y Odiseo lo quebró con su espada  
para huir del infierno.  
Lo atravesó, volvió, calló  
y regreso a su casa,  
la de Ulises, un arquero esforzado.

Otros cursaron:  
Tito L. Calo, Juan Cristian,

Enrique, Gerardo,  
Federico, Jacobo.

Y quebraron,  
pugnando,  
con manos arcillosas y entintadas,  
el espejo,  
cundiendo el sortilegio  
del infierno.

Y detrás del espejo  
no había nada, nada.

Sólo un mástil  
y una cuerda,  
para amarrarse  
-hasta la eternidad-,  
frente al silencio,  
por si el canto emanase.